

nas numerosas baterías. A la una y media, las tropas inglesas se habían puesto en marcha hacia el Alma, ofreciendo un conjunto admirable por su solidez y sangre fría, y moviéndose lentamente, con cierta rigidez y en apretadas filas como si maniobraran en los céspedes de Hyde-Park. Apenas estuvieron á tiro de cañón, fueron recibidas por los proyectiles enemigos que, al caer sobre aquellas compactas masas, derribaron filas enteras. Desplegaron entonces los ingleses en una sola línea y se acercaron al río, pero teniendo que vencer para ello toda clase de obstáculos, pues los ribazos hallábanse obstruidos por árboles derribados y numerosos tiradores defendían todos los alrededores de la aldea de Burluik. Después de cruzar el Alma, los regimientos británicos intentan escalar las alturas, las ocupan, son arrojados de ellas y vuelven á ocuparlas, dejando sembrados de muertos y heridos los barrancos; la ventaja que obtienen débese á la precisión de sus armas de fuego y de sus disparos. Por fin, á las cinco de la tarde quedan dueños del campo de batalla, y reuniéndose con los franceses mezclan sus hurras con las aclamaciones de nuestros soldados, instalados ya en las conquistadas posiciones.

Al atardecer, Saint-Arnaud y lord Raglán recorren la meseta, tratando de medir la importancia de la victoria y calculando también, por desgracia, las pérdidas sufridas. Los franceses tenían unos 1.300 hombres fuera de combate, de ellos 300 muertos ó heridos mortalmente (1); los ingleses, más maltratados, habían tenido entre muertos y heridos 2.000 bajas. Por lo que toca al enemigo, había dejado 1.800 cadáveres en el campo, y el número de sus heridos excedía de 3.000 (2). Al extremo meridional de la llanura veíanse desaparecer los batallones rusos que se dirigían hacia el Katcha y cuyas oscuras masas se confundían con las sombras de la noche que avanzaba. Una persecución inmediata y activa habría completado sin duda la victoria y habría convertido en desbandada la derrota de nuestros adversarios; pero nuestra caballería habíase quedado en Varna por falta de medios de transporte, y en cuanto á los infantes, no habían comido desde la mañana y estaban extenuados; además muchos de ellos habían descendido á las orillas del Alma para recoger las mochilas que allí se dejaran. Al cerrar la noche se instalaron las tiendas de campaña, y después, mientras todo reposaba en el campamento, Saint-Arnaud dictó para su soberano el primer parte de una victoria del segundo Imperio. Presa de una sobreexcitación febril que no había de ceder sino para entregarle inerte á la muerte, no dudaba de sí mismo, ni de sus soldados, ni, sobre todo, de un nuevo y próximo triunfo; y al día siguiente y al otro sentía aún la misma confianza: «Dentro de tres días, escribía en 22 de septiembre, estaré delante de Sebastopol (3).»

III

A la una, el telégrafo del cabo Lukul había comunicado á Sebastopol que iba á trabarse la batalla, noticia que fué muy pronto confirmada por el cañoneo; á las

(1) *Correspondance du marechal Saint-Arnaud*, tomo II, página 495.—*Scrive, Rapport médico-chirurgical*, pág. 106.
(2) Todleben, *Défense de Sébastopol*, primera parte, pág. 202.
(3) *Correspondance*, tomo II, pág. 589.

cuatro y media las detonaciones se oían con menos frecuencia, y poco después cesaron del todo. A medida que avanzaba la tarde circularon rumores desagradables, pero vagos todavía y contradictorios; por fin, un correo enviado por el príncipe Menschikof anunció que el ejército, obligado á batirse en retirada, acababa de instalar su campamento en la orilla izquierda del Katcha.

La ansiedad fué grande y ciertamente justificada. Sebastopol, protegida por el lado del mar por obras formidables, hallábase por la parte de tierra casi sin murallas, tan inverosímil se había juzgado siempre la presencia de algún gran ejército europeo en aquellas apartadas regiones; y aunque en distintas épocas ciertos presentimientos del porvenir habían inspirado grandiosos planes de defensa, estos planes, de larga y costosa ejecución, habían sido aplazados año tras año ó sólo realizados de una manera muy incompleta. Aparte del ejército que resistía al enemigo en campo abierto y que estaba indudablemente debilitado por su derrota, los recursos inmediatamente disponibles de la guarnición no pasaban entonces de diez batallones (4). El enemigo, acampado en la meseta del Alma, encontrábase á seis leguas solamente de la ciudad, y los rusos le suponían exaltado por su victoria ó se complacían en exagerar su fuerza numérica ó su armamento. La invasión de Crimea había sido considerada temeraria; pero una vez acometida la empresa, nadie creía que los aliados se detuvieran á mitad del camino de sus audacias, y era general la creencia de que el coronamiento de la batalla del Alma sería un ataque á viva fuerza contra Sebastopol.

Mas, á pesar del peligro inminente, la alarma no generó en pánico; hubo inquietud, no terror. La población de Sebastopol era poco numerosa, pues no pasaba de 42.000 habitantes, de los cuales 35.000 pertenecían por diversos títulos al ejército ó á la armada (5); y la ausencia casi completa del elemento civil dejaba toda la necesaria latitud á la defensa aun para las medidas más extremadas, no siendo de temer ni los consejos tímidos engendrados por el miedo ni los movimientos facciosos que hacen irreparables las derrotas. Para aquellos marineros acostumbrados á los continuos peligros de la vida naval, para aquellos soldados amoldados á la ruda disciplina de los campamentos, la prueba, por grande que fuese, no tenía nada de espantosa; los más exaltados veían en ella una ocasión de cubrirse de gloria; los demás á ella se sometían con varonil resignación, tanto por fe religiosa cuanto por patriotismo. Todos tenían confianza en sus jefes, de quienes sabían que eran valientes, abnegados y resueltos. Dos de ellos, sobre todo, gozaban de grandes simpatías: el vicealmirante Nakhimof y más aún el mayor general de la armada, Khornilof, ambos modelos cumplidos de todas las virtudes militares. A estos nombres, conocidos y amados desde hacía mucho tiempo, comenzaba el ejército á asociar otro, el del teniente coronel Todleben, joven ingeniero, recién llegado de las orillas del Danubio, cuyos planes audaces y sabios habían de ser, según se decía, garantía de salvación para Sebastopol.

El día 21, el ejército vencido, después de haber re-

(4) Todleben, *Défense de Sébastopol*, primera parte, pág. 210, y Apéndice, págs. 44 y 45.
(5) Todleben, *Défense de Sébastopol*, primera parte, pág. 79.

pasado el Belbek, entró de nuevo en la ciudad, adonde había llegado ya la noche antes Menschikof. Devorado por el despecho de la derrota, mientras se alejaba del campo de batalla había cruzado por el espíritu del príncipe un plan de una energía casi salvaje, al que no tardó en aferrarse con todo el ardor de una resolución desesperada. Así como le parecía inminente un ataque contra Sebastopol, así también comprendía que para que este ataque se viera coronado por un éxito cierto era preciso que estuviese combinado con un movimiento ofensivo de las escuadras que forzarán la rada y cubrieran con sus fuegos la ciudad y el puerto; de aquí que reducir á la inmovilidad á las flotas enemigas equivaldría á privar á los aliados de la mitad de sus medios de acción y á asegurar á los defensores de Sebastopol una probabilidad favorable inesperada. Para lograr tal propósito, Menschikof decidió hacer impracticable el paso de la rada, echando á pique á la entrada de la misma algunos de sus mayores buques; y aunque el sacrificio era duro, parecióle que bien lo valía la salvación de la plaza. Y habiendo encontrado no lejos de la ciudad á Khornilof, que había salido á recibirle, comunicóle sus proyectos, ó mejor dicho, sus órdenes, porque tenía autoridad sobre la marina lo mismo que sobre las fuerzas de tierra y era en toda la Crimea el representante supremo del zar.

Khornilof había trabajado más que nadie en la formación laboriosa de la escuadra, y entre aquellos buques anclados en la rada no había uno solo que no representara á sus ojos una porción de la patria; por esto sin pérdida de momento convocó un consejo de almirantes é intentó substituir el plan de Menschikof con otro muy diferente, tan arriesgado como heroico. En vez de sacrificar los barcos en una destrucción sin honor, propuso que salieran del puerto, se dirigieran mar adentro y atacaran á la escuadra anglo-francesa, anclada cerca del cabo Lukul; en caso de que obtuvieran una victoria, los aliados, privados de sus comunicaciones y de sus aprovisionamientos, quedarían como prisioneros en tierra de Crimea y terminaría de un golpe la campaña; y si la suerte se mostraba adversa, cada uno de los buques rusos se arrimaría á un buque enemigo, y haciéndose volar juntos, se hundiría y perecería de muerte más gloriosa que la victoria misma. Al oír este lenguaje, la emoción se apoderó de los corazones, pero el convencimiento no pudo penetrar en las inteligencias, pues nadie ignoraba la superioridad de las flotas aliadas, desde el punto de vista así del número de unidades como de su armamento. El plan de Menschikof tenía la ventaja, no sólo de paralizar la escuadra enemiga, sino también de dejar disponible para la defensa el personal de los barcos sacrificados. El consejo, pues, se negó á asociarse á la grandiosa temeridad de Khornilof, quien, habiendo insistido nuevamente cerca del príncipe, recibió por toda respuesta una orden, aquella vez perentoria y que no dejaba más alternativa que rebelarse ó someterse.

El valiente almirante, viéndose obligado á obedecer, escogió entre los buques más viejos cinco navíos y dos fragatas y los colocó en la entrada del canal, atravesados en la rada, entre las baterías Constantino y Alejandro, y luego los despojó de su velamen, pero no de su artillería, ya porque confiase todavía en un cambio de

resolución, ya porque en previsión de un ataque posible no quisiera desarmarlos hasta última hora. A las seis de la tarde del día 22, izóse la bandera en la ciudad: era la señal para comenzar la destrucción; entonces se desembarcaron los materiales, hecho lo cual abriéronse á hazazos en los costados de los buques brechas por donde se precipitó ruidosamente el agua. Al día siguiente, al despuntar el alba, tres de aquellos barcos estaban sumergidos y sólo flotaban algunos restos de su arboladura; otros tres resistieron largo tiempo y se les vió hundirse poco á poco hasta que una última ola los arrastró al abismo. Los marineros asistían con el corazón oprimido á aquella inmolación, unos viendo pasar en su memoria los recuerdos que iban unidos á aquellos edificios flotantes; otros asombrados de que se hubiese preferido el suicidio al combate; otros, sin embargo, más confiados en la sabiduría de sus jefes, pensaban en su memoria los recuerdos que iban unidos á aquellos edificios flotantes; otros asombrados de que se hubiese preferido el suicidio al combate; otros, sin embargo, más confiados en la sabiduría de sus jefes, pensaban en su memoria los recuerdos que iban unidos á aquellos edificios flotantes; otros asombrados de que se hubiese preferido el suicidio al combate; otros, sin embargo, más confiados en la sabiduría de sus jefes, pensaban en su memoria los recuerdos que iban unidos á aquellos edificios flotantes.

Mucho antes de la noche todo estaba consumado, y únicamente un leve remolino de las ondas al chocar contra un obstáculo invisible indicaba el sitio en donde aquellas embarcaciones habían quedado sumergidas (1). El mismo día, las tripulaciones de esos buques fueron incorporadas á las tropas de tierra, siendo este el primer fruto del sacrificio; y gracias á esta medida el efectivo de la guarnición se elevó á unos 17.000 hombres (2), número que en un caso extremo podía aumentar en una tercera parte, ya por incorporación de los obreros de los arsenales, ya por alistamiento de los marineros que habían quedado á bordo de los barcos conservados. Menschikof, confiando en estas fuerzas y queriendo conservar sus comunicaciones con el resto del Imperio, salió de la ciudad con su ejército y se dirigió á Batchi-Serai, sin otro propósito que defender el campo contra el enemigo y aprovecharse de las ocasiones que la suerte le deparase; y antes de partir hizo entrega del mando de Sebastopol al teniente general Moller. Nakhimof quedó encargado de la defensa de la costa meridional de la rada, y á Khornilof se le confió la de la orilla septentrional y del fuerte del Norte, que se suponía serían el objetivo principal del enemigo. El día 24 de septiembre señalóse la presencia de los ejércitos aliados en las márgenes del Belbek, y tan cerca estaban que podían seguirse todas sus evoluciones y hasta observarse el movimiento que reinaba en su campamento, y nadie puso en duda que al día siguiente emprenderían el ataque. Khornilof, secundado por Todleben, completó á toda prisa algunas obras de campaña, elevó los parapetos del fuerte del Norte y terminó el armamento de las baterías comenzadas. Al amanecer del 25, todo el mundo estaba

(1) Véase acerca de este episodio Todleben, *Défense de Sébastopol*, primera parte, pág. 219.

(2) Todleben, *Défense de Sébastopol*, primera parte, pág. 221, y Apéndice, pág. 49.

en pie dispuesto á rechazar el asalto; pero avanzó el día sin que apareciera el enemigo. A cosa del mediodía, desde lo alto de la Biblioteca de la Marina, que ocupaba el punto más elevado de la ciudad, distinguieronse hacia el Nordeste largas filas de soldados, unos con uniformes encarnados, otros con capotes más oscuros, que se alejaban de las márgenes del Belbek y escalaban las alturas de Mackenzie. Grande fué la sorpresa que esto produjo; después, al ver que el movimiento continuaba, se comprendió que las tropas aliadas, desistiendo del ataque por el Norte y dando vuelta á Sebastopol, buscaban en otra parte nueva base de operación. Aquello significaba un respiro, la salvación quizás; entonces los más reflexivos apreciaron en su verdadero valor la juiciosa oportunidad del atrevido sacrificio que Menschikof se había atrevido á consumir.

En efecto, á la obstrucción de la rada se debía la nueva evolución de los ejércitos de Francia y de Inglaterra. En los días 21 y 22 los aliados habían permanecido en la meseta del Alma para enterrar sus muertos y para llevar los heridos á los buques que debían transportarlos á Constantinopla; pero el 23 habíanse puesto en marcha y habían llegado á orillas del Katcha. Su plan, según puede colegirse en medio de ciertas obscuridades en que aparece envuelto, consistía, según había previsto Menschikof, en una acción combinada del ejército y de las escuadras, éstas forzando la entrada del paso, aquél lanzándose al ataque del fuerte del Norte. A todo esto, un oficial enviado por el almirante Hamelin había anunciado la extraña resolución de los rusos, y Saint-Arnaud, bien que atribuyendo esta medida extrema al terror que nuestras armas inspiraban, comprendió lo mucho que esta circunstancia dificultaba la realización de sus designios. «El hecho es deplorable,» exclamó al recibir la noticia. «Los rusos, escribía al día siguiente, han cerrado la entrada del puerto de Sebastopol...; esto constituye para mí un gran obstáculo, porque tal vez me verá obligado á variar mi plan de ataque...; será preciso que me ponga de acuerdo con lord Raglán y que decidamos si atacaremos por el Norte ó por el Sur (1).» La etapa del 24 había llevado á nuestras tropas hasta el Belbek; allí se celebró un consejo, en el que se consideró que sin el concurso de las escuadras, en lo sucesivo paralizadas, el ataque de Sebastopol por el Norte ofrecería mayores peligros que probabilidades de éxito. Por otra parte, el fuerte del Norte, visto de cerca, parecía mejor armado de lo que se creía. Como resultado de todo ello, resolvióse dar vuelta á la ciudad, pasar el Tchernaiia, dirigirse al Balaklava, cuyo pequeño golfo ofrecía un abrigo seguro para la flota, y atacar la plaza por el Sur, es decir, por la meseta de Quersoneso; de aquí la marcha de flanco que había comenzado el 25, y que, conocida inmediatamente por los rusos, acababa de despertar en éstos una mezcla de sorpresa y de esperanza.

Este mismo movimiento circular no era una de las menores singularidades de una campaña que tantos incidentes extraordinarios ofrecía. Entre el valle del Belbek, último punto en donde se había vivaqueado, y el del Tchernaiia, se extiende una región montañosa poco

habitada, cortada por barrancos profundos y tan poblada de bosques que en algunos sitios forma una espesura casi impenetrable. La carretera se reservó para la artillería, los bagajes y la caballería; en cuanto á la infantería hubo de abrirse paso entre los sotos, orientándose por medio de la brújula. Los ingleses marchaban al frente de la columna; habían salido tarde del campamento y avanzaban lentamente á causa de sus numerosos furgones, lo que obligaba á nuestras divisiones á hacer frecuentes altos en medio de desfiladeros en donde cualquiera sorpresa habría sido funesta. La más rara de las casualidades hizo que aquella comarca que atravesaban las tropas aliadas atravesara también el mismo día el ejército del príncipe Menschikof que había salido de Sebastopol y se retiraba á Batchi-Serai. Los ingleses llegaron á cruzarse con la retaguardia moscovita á la que mataron algunos hombres y capturaron varios carros, simple escaramuza que, de haber ocurrido un poco antes, habría podido convertirse en batalla, librada al azar y con igual sorpresa por ambas partes. Había cerrado hacia rato la noche cuando nuestros aliados llegaron á orillas del Tchernaiia; al día siguiente pusieron de nuevo en marcha, llegaron á Balaklava, se apoderaron de esta población tras una corta resistencia, encontraron en ella un puerto muy seguro para su escuadra é hicieron de la misma su verdadera base de operación. En cuanto á los franceses, en la etapa del 25 no pudieron pasar de la granja de Mackenzie, sitio de muy malas condiciones para vivaquear, porque faltaba en él el agua, y que en las conversaciones de las tiendas de campaña fué célebre con el nombre de *campamento de la sed*. Hasta el siguiente día no bajaron al Tchernaiia, instalándose en parte en los montes Fedukhine (2), desde donde pudieron contemplar Inkermann y el puente de Traktir, nombres que poco después habían de ser famosos. Al Oeste alzábanse las escarpadas vertientes de la meseta de Quersoneso, en la que pronto establecerían su campamento. Nuestros soldados habían llegado al término de su marcha, pero no al de sus penalidades, ya que con su valor, con su paciencia y con la efusión de su sangre iban á inmortalizar aquellos lugares que pisaban por vez primera.

Uno solo no debía compartir esos santos y heroicos trabajos. El mariscal Saint-Arnaud, por un prodigio de energía, había recobrado sus fuerzas en el campo de batalla y en la noche del Alma parecía tan dueño de sí mismo como del enemigo. El 23 todavía se había presentado á caballo en medio de sus soldados, los cuales, acostumbrados á esas extraordinarias alternativas de desfallecimiento y de reacción vigorosa, no se figuraban que pudiera morir; pero aquel triunfo del espíritu sobre la materia fué el último. El cólera, que nunca había abandonado por completo al ejército de Oriente, acababa de reaparecer con alarmante intensidad y causaba numerosas víctimas, particularmente entre los ingleses. El día 24, en el vivaque del Belbek, el mariscal había sentido los primeros síntomas del mal; el 25 había empeorado y desde la mañana del 26 habíase agravado hasta el punto de hacer desconfiar á los más esperanzados. En aquel trance extremo, el ilustre enfermo había mandado

(1) *Correspondance du marechal Saint-Arnaud*, tomo II, página 508

(2) Véase el mapa adjunto.

